

ROGELIO GARZA
JERRY LEE LEWIS

VEKA DUNCAN
LA FIEBRE EGIPCIA

FRANCISCO GOÑI
ENTREVISTA A EDUARDO RABASA

NÚM. 377 SÁBADO 12.11.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Cien años sin Proust

"CUANDO MUERA, ME LEERÁN"

ALEJANDRO TOLEDO



MARCEL PROUST EN EL AMAZONAS

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

2018, UN DÍA DE GLORIA: MÉXICO VS. ALEMANIA

CARLOS VELÁZQUEZ

Arte digital ▶ A partir de una foto del río Amazonas por leondeniscf en pixabay.com y un prendedor conmemorativo de Marcel Proust en teepublic.com ▶ Staff ▶ **La Razón**

Este año se ha cumplido el centenario de un puñado de obras que marcaron la expresión literaria de manera indeleble, con propuestas complejas y de ruptura, a cargo de T. S. Eliot, James Joyce y, en nuestro continente, César Vallejo. En esa compañía resulta imposible olvidar a Marcel Proust; Alejandro Toledo lo recuerda enseguida, también con motivo de su centenario luctuoso —el 18 de noviembre—, entre las adversidades y la salud en declive que debió afrontar en sus últimos días para llegar al punto final que consumió, contra viento y marea, los tomos de la inmensa saga *En busca del tiempo perdido*.



Cien años sin Proust

"CUANDO MUERA, ME LEERÁN"

ALEJANDRO TOLEDO

@ToledoBloom

Lo que lo consumía, en su obra, era el tiempo", dice Céleste Albaret de su patrón y amigo Marcel Proust (1871-1922). "Perseguía el tiempo en sus libros, y sin embargo se sentía atrapado por él en la vida".

Fue ella, su asistente personal, quien acompañó al escritor en sus últimos ocho años, los más importantes en el desarrollo de *En busca del tiempo perdido*. No sólo lo atendía en todas sus necesidades. A Céleste le dictaba; y también era ella la encargada de preparar el engrudo y pegar en los cuadernos las hojas manuscritas con las que se añadían pasajes a los libros en proceso. Sin su apoyo, poco se hubiera avanzado. Y es la "querida Céleste", junto con Robert Proust, el hermano, quien lo ve morir el sábado 18 de noviembre de 1922, hacia las 16:30.

Esa tarde el "pequeño Marcel", el "gentil Marcel", como le decían los cercanos, se quedó mirándolos desde su cama. "No nos quitaba los ojos de encima. Era atroz", recuerda Céleste.

"Permanecemos así unos cinco minutos. Después, de repente, el profesor se acercó, se inclinó dulcemente sobre su hermano y le cerró los párpados, mientras sus ojos seguían girados hacia nosotros".

—¿Está muerto? —preguntó ella.

—Sí, Céleste. Se acabó.

El de Céleste Albaret es un testimonio de primera mano sobre esa etapa última. A éste se remiten los mismos biógrafos de Proust. Luego del deceso, ella guardó silencio. Ya el autor le había anticipado que muchos la buscarían, y que era

preferible la discreción. A los ochenta y dos años, luego de escuchar historias fantásticas sobre la vida y la muerte de su patrón, aceptó que fueran grabadas sus conversaciones con Georges Belmont, como una forma de recuperar su propio tiempo perdido, lo que dio origen al libro *Monsieur Proust*, publicado originalmente en 1973; sigo aquí, en sus capítulos finales, la edición de *Capitán Swing* (Madrid, 2013), y de ahí provienen los diálogos que cito. Fueron, dice Belmont, cinco meses de entrevistas, setenta horas grabadas. Hay incluso una adaptación (alemana) a la pantalla: *Céleste*, Percy Adlon, 1980.

En este centenario, Céleste Albaret es la fuente directa para intentar comprender la muerte temprana, a los 51 años, de uno de los mayores narradores del siglo XX.

EL AÑO 1922

Aun ahora, el año 22 del siglo XX es un potente motor literario. Hemos seguido a lo largo de este 2022 los centenarios de obras de ruptura como *Ulises* de James Joyce, *La tierra baldía* de T. S. Eliot, *Trilce* de César Vallejo y *El soldado desconocido* de Salomón de la Selva... La vigencia de estas propuestas literarias hace, por contraste, que lo actual palidezca. ¿Qué se ha publicado este 2022 a la altura de esos cuatro títulos?

El cierre de ese *annus mirabilis*, por desgracia, tiene tintes trágicos, pues camina hacia la muerte. Aunque no empieza mal: en 1922 Proust, en casa, recibió ejemplares de *Sodoma y Gomorra II*, se entretuvo en algunos añadidos (a *La fugitiva*,

Foto > Juan Antonio López

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

por ejemplo, que aparecería en Gallimard en 1927 como *Albertine desaparecida*, revisó las pruebas de imprenta de *La prisionera* (1923) y puso el punto final de la saga —en los cuadernos de lo que se llamaría *El tiempo recobrado*, a publicarse en 1927. Estos menesteres los llevó a cabo a pesar de su estado físico, con el deterioro irremisible de su salud, en los descansos de accesos severos de tos y asfixia, en una habitación que con el avance del otoño se fue tornando cada vez más fría.

Por cierto que en sus antimemorias, el narrador peruano Alfredo Bryce Echenique hace este apunte cómico: recuerda a su madre como gran lectora del francés, afición que motivó su primer viaje a Europa. Cuenta:

... Nunca olvidaré, por ejemplo, la mañana de invierno aquella en que un amigo nos llevó a la mismísima casa de Proust donde [mi madre] se lució narrando de paporreta capítulos enteros de *En busca del tiempo perdido*, mientras que los demás nos moríamos de frío en aquella casa muy húmeda y sin calefacción alguna. (*Permiso para retirarme, Antimemorias III*, Anagrama, Barcelona, 2021, p. 78).

Esos dos factores, la humedad y la falta de calefacción (señalados por Bryce Echenique de un modo gracioso), fueron decisivos en 1922 para quebrantar a un hombre de por sí asmático.

MARCAS TEMPORALES

Proust luchaba contra el tiempo. Sabía que el libro final daría forma a todo el proyecto. Sin él, su construcción carecía de sentido.

El tiempo es un factor que acompaña al *Ulises* de Joyce y a la saga de Proust. En el irlandés, cada capítulo tiene sus marcas temporales, en el avance del día ese 16 de junio de 1904: hacia las nueve de la mañana, por ejemplo, llega a la Torre Martello la mujer que vende leche; como a esa hora, minutos después, Stephen Dedalus camina hacia la escuela para impartir su clase de historia; entre diez y once, el artista ya no adolescente deambula por la playa; al término de su trayecto se cruza con el cortejo fúnebre de Paddy Digman, y en una de las carretas viajan, entre otros, su padre, Simon, y un amigo de éste, Leopold Bloom... El entierro será a mediodía. El *Ulises* tiene inserto un reloj o un cronómetro de alta precisión.

En la novela de Proust las marcas temporales no refieren las horas, como en Joyce, sino el cambio de épocas, como si se tratara de un almanaque o un calendario en el que se resaltan, por ejemplo, algunas novedades tecnológicas: la aparición de los automóviles, el primer avión que es observado flotando en el cielo, la llegada de la luz eléctrica a París, la instalación de los aparatos telefónicos... Igualmente, algunos sucesos de la vida francesa (como el desarrollo del caso Dreyfus, asunto que dividió a la sociedad) nos sitúan en contextos históricos determinados.



Eric Ezendam, *Retrato de Marcel Proust*, impresión, 2016.

“MARCEL SE DA CUENTA DE QUE TODO SE HA IDO FUGAZMENTE. HA PERDIDO EL TIEMPO AL SER UNA SUERTE DE SOCIALITÉ EN LOS SALONES PARISINOS”.

El relato ocurre entre finales del siglo XIX e inicios del XX. Los personajes crecen y envejecen con el narrador, hasta una reunión final en la que sus cambios físicos son notorios. Marcel se da cuenta entonces de que todo se ha ido fugazmente. Ha perdido el tiempo, literalmente, al ser una suerte de *socialité*, aficionado a la convivencia con duques y duquesas en los salones parisinos. ¿Cómo recuperar ese tiempo perdido? La escritura se presenta como una posibilidad.

Una campanilla, una baldosa suelta en la avenida, las migajas de una magdalena mezcladas en té de tila funcionan como artilugios inesperados para escuchar, sentir o paladear lo remoto. Son accesos o llaves. El final es apenas el comienzo. ¿Lo inmediato? Reconstruir todo un pueblo, Combray, y andar y desandar dos caminos: el de Swann y el de Guermantes.

Esa construcción, que se le aparece completa en la mente al beber una taza de té de tila, le llevará, para concluirla, más de diez años. Poder terminarla era su angustia. ¿Le alcanzaría el tiempo?

Lo que emprendió Proust tenía antecedentes en la literatura francesa. Dos de sus modelos son las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand, y la *Comedia humana*, de Balzac. Y era, al mismo tiempo, diferente. Porque se trataba de una memoria ficticia, y no planeó escribir novelas sueltas que conformaran un todo, sino una novela total: era la re-creación imaginativa de un universo entero, centrado o concentrado en una sola mirada. *En busca del tiempo perdido*, dice Peter Quennell, “es una obra novelesca construida sobre principios poéticos” (*En torno a Marcel Proust*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 26).

Es mirada y oído, olor, gusto y tacto, pues se trata de usar los cinco sentidos con una enorme intensidad. El narrador piensa el mundo, sobre todo, desde la pintura, la música y la literatura, y de ahí nacen esos artistas ficticios —el pintor Elstir, el pianista Vinteuil y el literato Bergotte— que anima y admira. Son esas artes sus materiales básicos para construir una catedral o un gran castillo que se sostiene en el aire por su capacidad inventiva.

MUDANZAS

La muerte, dice Céleste, “comenzó para él con nuestra partida del boulevard Haussmann, que fue un verdadero desgarramiento moral”.

Como sabe quien lo ha leído, Proust tenía una relación especial con los espacios y los muebles, para él también habitantes de una casa. El departamento en el boulevard Haussmann se transformó en un sitio familiar y amigable, acondicionado a sus necesidades de escritura (como aquello de los corchos en las paredes para insonorizarlo)... pero un día, a finales de 1918, se enteró de que tenía que desalojar. Su tía, dueña del edificio, lo vendió sin avisarle. Especula Céleste que de saber esas intenciones, el mismo Proust hubiera podido adquirirlo. No tuvo esa oportunidad.

La mudanza fue inesperada. Se vio obligado a deshacerse de muchos muebles queridos. Se instaló brevemente, durante mayo de 1919, en la rue Laurent-Pichat, y luego encontró Céleste un piso en la rue Hamelin, a donde se mudaron en octubre. Mandó encochar las paredes. Proust siempre lo consideró, no obstante, un sitio de transición. El gran problema era el tiro defectuoso de las pequeñas chimeneas, por lo que el humo se escapaba a las habitaciones. Proust ordenó que no se encendiera más el fuego.

Le dijo una vez a su asistenta:

—Ya verá, querida Céleste... Cuando haya escrito la palabra “fin” partiremos hacia el sur. Iremos a descansar; sí, nos tomaremos unas vacaciones. Los dos las necesitamos mucho, porque también usted está agotada.

Algo curioso que ocurrió en ese departamento fue el concierto íntimo, para un solo escucha, del Cuarteto Poulet, contratado por Proust, que interpretó para el anfitrión aquel *Cuarteto* de César Franck que suele asociarse con la música de Vinteuil.

Hacia 1922 ya casi no salía. Comía muy poco; su dieta consistía, sobre todo, en leche y café. Una tarde tocó el timbre y acudió Céleste a la recámara. Proust acababa de despertar.

—Sabe, ha ocurrido algo grandioso esta noche.

—¿Qué ha pasado?

—Adivine.

—*Monsieur*, no imagino qué puede ser, no logro adivinarlo. Debe tratarse de un milagro. Tiene que contármelo.

—Pues bien, mi querida Céleste, voy a decírselo. Es una gran noticia. Esta noche he escrito la palabra “fin”. Ahora puedo morir.

—Ya veo que se siente muy feliz, ¡y yo también estoy tan contenta de que haya llegado al final de lo que se proponía! Pero, conociéndolo como lo

conozco, temo que no hayamos todavía acabado de pegar papelititos ni de añadir correcciones.

—Eso, Céleste, es otra cosa. Lo importante es que, desde ahora, ya no estaré angustiado. Mi obra puede ser publicada. No me habré sacrificado en balde.

Luego vino el final: una gripa mal cuidada, una atmósfera hogareña gélida, las recomendaciones no atendidas de recibir inyecciones o llevarlo a un hospital, crisis asmáticas, accesos de tos, una dieta mínima... “Estoy segura de que esperaba seguir viviendo”, contó Céleste, “pero el resorte se había aflojado a partir del momento en que había escrito la palabra ‘fin’”.

Aún la noche del 17 al 18 de noviembre retomó con Céleste algunas correcciones y añadidos. A las tres y media de la mañana pararon.

—¿No se olvidará de pegar los papeles en su lugar, Céleste?

Horas después, el escritor decía ver frente a sí a una mujer enorme vestida de negro. Caminaba ya su alma hacia un tiempo detenido.

“UNA TRISTE MAÑANA GRIS”

El funeral de Proust, según George D. Painter, fue celebrado el martes 21 de noviembre al mediodía en la iglesia de Saint-Pierre-de-Chaillot. Céleste lo corrige en cuanto a la fecha: ocurrió el miércoles 22. Y ése es el dato que da también Patrick Roegiers en su novela *La nuit du monde* (*La noche del mundo*, 2010). “Fue una triste mañana gris”, describe Roegiers. Parecía una escena sacada de *El tiempo recobrado*, libro aún inédito; cuenta Painter: “Proust estaba rodeado de cuantos habían sido sus amigos en vida, y parecía que una multitud de fantasmas se hubiera reunido para honrar a un hombre vivo”. (*Marcel Proust, 2*, Alianza Editorial / Lumen, Madrid, 1967, p. 562).

Entre los presentes se hallaba James Joyce, aquel escritor irlandés con el que se había encontrado (y desencontrado, pues poco pudieron decirse, sin haberse leído entre ellos) en el hotel Ritz meses atrás, el 18 de mayo.

El cortejo tuvo como destino el cementerio del Père Lachaise, donde aún descansa Marcel Proust, junto con sus padres, bajo una lápida de mármol negro.

Uno se pregunta: ¿tiene Proust los lectores que merece? Serán contadas las personas que hayan cubierto el trayecto completo. Sus libros están siempre en las librerías, pues es un *longseller*: un autor que no deja de venderse... Hay aventureros que han llegado al final, y celebran haberlo hecho. Si cada libro tiene sus virtudes, y puede disfrutarse individualmente, la visión de conjunto es realmente espectacular. Es ahí donde uno entiende todo. Es como correr la Tour de France y alzar los brazos al cruzar por el Arco del Triunfo. Y no hay fatiga; al contrario, queda el impulso del volver a la primera frase (“Mucho tiempo he estado acostándome temprano”) y empezar de nuevo.

Hace algunos años, en la Casa de las Humanidades de la UNAM, coordiné un grupo de lectura que se propuso, en principio, leer los tres primeros tomos. Al finalizar esa etapa decidimos seguir. En diez meses (de agosto de 2009 a mayo de 2010) concluimos. Una alumna, Isabel Álvarez, fue señalando en la lectura los platillos que se preparaban o



La tumba de Proust en el cementerio del Père Lachaise, París.

“LUEGO VINO EL FINAL: UNA GRIPA MAL CUIDADA, UNA ATMÓSFERA HOGAREÑA GÉLIDA, LAS RECOMENDACIONES NO ATENDIDAS DE RECIBIR INYECCIONES O LLEVARLO A UN HOSPITAL, CRISIS ASMÁTICAS, ACCESOS DE TOS, UNA DIETA MÍNIMA...”

consumían, y buscó las recetas originales. Para celebrar la conclusión, nos recibió en su casa con una comida digna de duques y duquesas; la novela se transformó en una mesa espléndida.

Nos acompañó esa tarde Luz Aurora Pimentel, experta universitaria en dos escritores complejos (Joyce y Proust), y autora, posteriormente, de un tomo ahora indispensable: *Cuadros color de tiempo: Ensayos sobre Marcel Proust* (Bonilla Artigas, México, 2019). Ahí apunta:

El tiempo en Proust es tanto la experiencia como la representación de la existencia simultánea en todos los tiempos, en todos los sentidos. Es un tiempo literalmente *encarnado*. Al final de la obra, por ejemplo, el tiempo cobra forma en los cuerpos envejecidos de los personajes, pero también en el hermoso cuerpo de la joven Mlle. de Saint Loop, en quien convergen aquellos caminos —el de Swann y el de Guermantes— opuestos en apariencia, pero que en ella se funden (p. 15).

Hubo esa tarde en casa de Isabel Álvarez vino francés, té de tila y *madeleines*. Bebimos y comimos *En busca del tiempo perdido*. Debe haber historias similares en muchas partes del mundo. Existe un documental sobre un grupo argentino de lectores constantes de Proust, que practican un *loop* continuo con los siete tomos. Pese a la extensión de su gran proyecto (se le suele incorporar en las listas de obras por pocos terminadas), Proust tiene sus fieles seguidores.

Alegaría en su favor el mismo Charles Swann cuando dice, en el tomo primero (de acuerdo con la traducción de Pedro Salinas):

Lo que a mí me parece mal en los periódicos es que soliciten todos los días nuestra atención para cosas insignificantes, mientras que los libros que contienen cosas esenciales no los leemos más que tres o cuatro veces en toda nuestra vida (Alianza Editorial, Madrid, 2013, p. 41).

Curiosamente, mi primera lectura de Proust fue en el verano de 1986, mientras ocurría en México el Mundial de Fútbol, del que no recuerdo haber visto un solo partido. No fue una pedantería de mi parte saltarme ese encuentro deportivo que estuvo lleno, lo descubrí más tarde, de grandes luces; simplemente me sentí absorbido por la escritura de Proust y hallé entonces la forma de aislarme de todo ese ruido mediático y leer hasta ocho horas diarias.

El centenario de su muerte coincide ahora, en cuanto a fin de semana, con otro Mundial. Y pienso que si se valoran los aportes o se jerarquiza con justicia (en comparación con el balompié, agradable cuando se juega bien o bonito, pero con atención excesiva por los intereses comerciales), es de mayor significación humana o cultural lo hecho por el autor francés, quien llevó a sus límites las herramientas literarias, hasta agotarse a él mismo, para mostrarnos cómo es amplio y diverso el mundo si se le mira, y se le recrea, de la forma adecuada.

En 1922, Proust sabía que su muerte física estaba cercana, pero también le quedaba claro que su catedral narrativa por fin terminada le sobreviviría. En consecuencia, le aseguró a Céleste: “Cuando yo muera, oiga lo que le digo: me leerán. Usted asistirá a la evolución de mi obra a los ojos y en la mente del público”.

Y me parece que así ha ocurrido. ▣

Como en aquel poema de Francisco de Quevedo que inicia con "Un soneto me manda hacer Violante", a veces al escribir los autores narran el desafío implícito en el acto de poner palabras sobre la página. En este caso, Federico Guzmán Rubio nos hace partícipes de una doble experiencia: navegar el río Amazonas y leer *En busca del tiempo perdido*. Valiéndose del humor cuenta cómo pudo lidiar, al mismo tiempo, con los cuatro primeros volúmenes —de siete que integran la novela— mientras se desplazaba por el imponente cuerpo de agua.

MARCEL PROUST

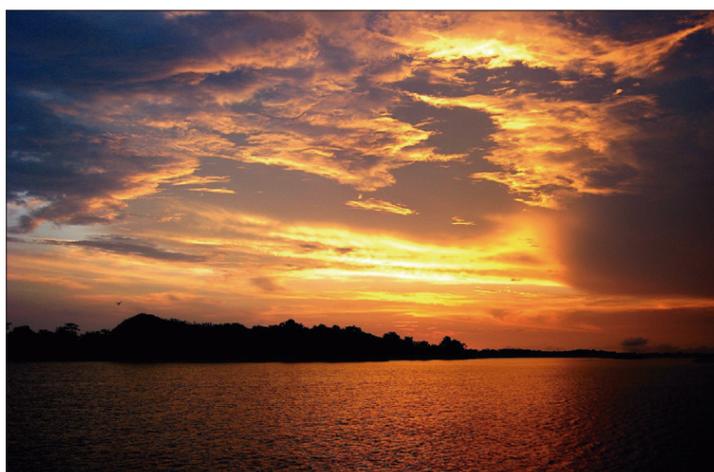
EN EL AMAZONAS

FEDERICO GUZMÁN RUBIO
@feguz77

En julio de este año leí *En busca del tiempo perdido* mientras navegaba el Amazonas. O quizás sería más exacto escribir que navegué el Amazonas mientras leía *En busca del tiempo perdido*. No lo sé. Pero la duda principal no se encuentra en qué acción o actividad contiene a la otra, pues con el correr de los días ambas terminaron por confundirse. Y si esta confluencia —nunca mejor dicho— ya se hizo patente durante la lectura o el viaje, en el recuerdo aparece como inevitable, como si fuera imposible navegar el río sin leer a Proust, o leer a Proust sin navegar el río. La duda principal atañe a qué verbo emplear, pues lo mismo da navegar *En busca del tiempo perdido* que leer el Amazonas.

Uno se deja arrastrar por la novela y encuentra imposible detenerse, a riesgo de quedar varado; sus páginas a veces avanzan trabajosamente, casi estancadas en reuniones sociales de diálogos intrascendentes e interminables, y a veces adquieren una potencia tremenda, en la que los personajes se precipitan a su destino sin posibilidad de dar marcha atrás (Swann casándose con Odette, Marcel encerrando a Albertine). Y de la misma manera uno lee el Amazonas en busca de signos, de algún paisaje para subrayar con la cámara, queriendo reconocer lo que previamente había leído sobre el río y su inconfundible estilo de frase larguísima y tono lírico, obsesivo y perverso.

Ambos se parecen más de lo que se creería al primer vistazo, tanto en su grandeza como en el detalle. Allí están río y novela con su voluntad de contenerlo todo y de recrearse a sí mismos siempre, con su lento, inevitable y trágico discurrir a través de épocas y territorios, y con su poder de evocación y resurrección, gracias al cual, de pronto y mágicamente, una pequeña ola en sus fuentes en Los Andes es la misma que un reflejo en su desembocadura en Belén, y una tarde de vejez en un salón parisino es la misma mañana de juventud en un hotel de playa en Balbec, que se comunican



El río Amazonas.

Foto: leonidnisc / pixabay.com

gracias a la textura idéntica de una servilleta que se frota y de una toalla que se recuerda.

Pero esta megalomanía de atravesar continentes y de recuperar tiempos idos no implica olvidar el detalle, al contrario: *En busca del tiempo perdido* es lo que es no sólo por sus delirios de grandeza, cumplidos en este caso, sino también por su empeño de capturar cada pequeño detalle y sensación y de volver una y otra vez a ellos, ya sea el olor del barniz del barandal de una escalera, una sonata o el sentimiento de vacío producido por el abrazo negado de la madre, y el Amazonas es el que es no sólo por ser el río más grande del mundo, sino por un atardecer rojo, a un día de Manaos, en el que pareció que nada de lo que ha sucedido en el mundo hubiera ocurrido nunca, o por el salto de un delfín rosa, en las afueras de Santarem, que demostró que, por más grandiosidad que pueda contener un nombre, lo que sigue resultando más urgente es el juego.

MIENTRAS NAVEGO el Amazonas y leo a Proust se me atraviesa una certeza: es imposible navegar el Amazonas y es imposible leer a Proust. Nadie lo ha hecho nunca, y no me refiero a hacerlo junto, sino a acciones independientes una de otra. No lo hizo Francisco de Orellana, el primer europeo

que, tras cinco mil kilómetros y siete meses de involuntaria expedición, llegó al Océano Pacífico; no lo hizo porque no sabía qué río navegaba y tan es así que tuvo que ponerle nombre. Sin su épica, sin su literatura, sin su leyenda, el Amazonas es sólo un río más, y no es lo mismo combatir contra ejércitos de mujeres guerreras, como supuestamente lo hizo Orellana y de allí el nombre que eligió, que saber que se navega el río en cuya orilla habitaron ejércitos de mujeres guerreras.

No lo navegaron los caucheros, que con un régimen de esclavitud levantaron algunas de las ciudades más boyantes de su tiempo en plena selva, como Manaos, cuyos palacios y ópera se resignan a las glorias pasadas y a la lenta decadencia presente; no lo hicieron porque para ellos el Amazonas no fue un río en el que se crearon y desaparecieron fortunas, y no se enteraron de que el río es un larguísimo recuerdo de que no hay riqueza que permanezca, pues de lo contrario habrían sido más prudentes.

No lo navegan los barcos de pasajeros que recorren la totalidad del río, desde Perú hasta el otro lado del continente, pues al establecer un servicio de transporte certifican que el río no es infinito y que aunque tome semanas llegar a su fin, éste existe, y en cuanto se abre la posibilidad de recorrer el río en una empresa de transportes con un itinerario reglamentado, el Amazonas deja de ser el Amazonas, pues una de sus particularidades es la de existir siempre, permanentemente, con escalas innumerables y sin un final evidente.

Y TAMPOCO NADIE ha leído *En busca del tiempo perdido*. Desde luego no lo hizo Proust, quien lo escribió y supo en qué personas de la vida real estaba basado cada personaje de la obra, la cual empleó como territorio para sus pequeñas venganzas y homenajes secretos, en lo que desde luego es una travesura indigna de una de las más grandes obras de la literatura occidental, lo que basta para probar que

Proust ignoraba lo que leía cuando releía lo escrito.

No la leyó André Gide, quien la rechazó, cuando a ningún editor se le ocurriría rechazar a Proust, y Gide de hecho no lo rechazó a él, sino a un homónimo que pasó su vida intentando ser escritor sin escribir y que cuando al fin lo hizo bosquejó una mezcla de recuerdos personales y escenas esnobes en cientos de páginas. No la leyeron los pocos lectores franceses que fueron devorando la inmensa novela tomo a tomo, conforme se publicaba, pues esta lectura fragmentaria rompe la continuidad en la que se basa la propuesta de la obra. No la leyó Gilles Deleuze, pues una lectura mínimamente sería exige haber leído *Proust y los signos*. No la leyeron Pedro Salinas y Estela Canto, dos de sus traductores, pues la exigencia de detenerse en cada frase y enfrentarse al problema de verterla al español hace de la novela un nudo de acertijos sintácticos más que una obra de arte. No la leyeron los primeros lectores franceses que tuvieron al fin los siete tomos de corrido, pues para entonces el mundo de los salones, la aristocracia de preguerra y la *belle époque* ya era otro.

En realidad nadie ha podido nunca leer a Proust, de la misma manera en que nadie ha podido navegar el Amazonas. En el mejor de los casos, el lector más aventurado y el viajero más atento han logrado apreciar algunas de las riberas de la novela, desplazarse por su superficie, dejarse arrastrar por su caudal y deleitarse con sus meandros gramaticales, o bien perder la noción del tiempo en las maravillosas frases subordinadas del río, detenerse en el adjetivo exacto de un ave posada sobre el sustantivo de un árbol, y hacer de los ritos y las ceremonias más reglamentados de la naturaleza un territorio en el que cualquiera se sorprende y se reconoce en su ansia de pertenecer, poseer y escapar.

YO TAMPOCO LEÍ *En busca del tiempo perdido*, por supuesto, ni navegué el Amazonas. Con suerte, navegué y leí un simulacro del Amazonas y de Proust. Soy plenamente consciente de que ambas actividades son anticuadas y extemporáneas. Nuestra época ya no está para grandes literaturas y demás solemnidades, y concebir en el presente un proyecto como el de Proust resultaría a todas luces ridículo. En los momentos más felices de la lectura, me digo que entiendo por qué hasta hace no tantos años se le consideró como una de las más grandes obras jamás escritas, pero la sensibilidad a la que apela y el mundo en el que da por hecho que será leída me son tremendamente ajenos. Pasa lo mismo con el río. El tiempo de los viajes terminó, y yo, como cualquier otra persona que decida viajar al Amazonas, hago simplemente turismo. ¿Hasta qué punto mi lectura de Proust es también turística? ¿Hasta qué punto viajé aquí sólo para decir que aquí estoy leyendo a Proust, sólo para poder decir que lo leí?

Me compré en Buenos Aires, donde hice una escala de tres días antes de viajar a Brasil, los primeros dos tomos

“NO LA LEYERON LOS LECTORES FRANCESES QUE TUVIERON LOS SIETE TOMOS DE CORRIDO, PUES PARA ENTONCES EL MUNDO DE LOS SALONES Y LA BELLE ÉPOQUE YA ERA OTRO”.

de *En busca del tiempo perdido*, pensando que me esperaban muchas horas de lectura. Tenía razón. Llegué a Manaus y compré el boleto de barco para el día siguiente, pero la nave que supuestamente abordaría se descompuso y quedé a la deriva en algún punto indeterminado del río. Mientras averiguaba esto y llegaba un nuevo barco, transcurrieron dos días de espera en el puerto y en una diminuta habitación de hotel mientras, claro, leía a Proust. En una caminata sin rumbo por la ciudad pasé frente a la Alianza Francesa y me compré el tercero. Así, cuando pude al fin abordar la embarcación, ya iba por la mitad del segundo tomo y llevaba el tercero por cualquier contratiempo. Una vez que coloqué mi hamaca y me acomodé junto con los otros seiscientos pasajeros, fuera de algunas caminatas y de la hora de comer, en realidad no tenía mucho que hacer a bordo, salvo leer a Proust. Fue lo que hice.

Al final del viaje, en Belén, conseguí milagrosamente el cuarto tomo en español, que empecé, y que terminé junto con los tres tomos restantes ya en la Ciudad de México, cuando el Amazonas era ya un recuerdo, reciente, pero recuerdo al fin y al cabo. Sin embargo, el recuerdo parecía prolongarse y adquirir vida, presente, en la lectura de las elegantes fiestas de la aristocracia parisense, en los ataques de celos de Marcel y en las disquisiciones, circunloquios y digresiones que caracterizan a la obra, que lo mismo puede centrarse maniáticamente en la descripción de un objeto, que olvidarse por completo de lo que se estaba

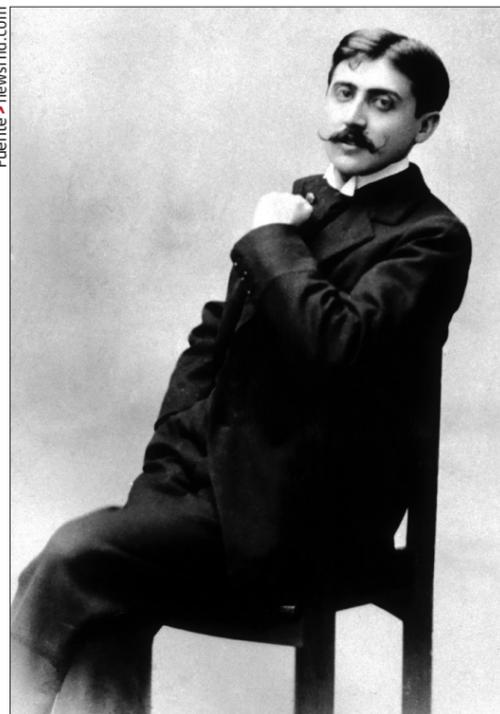
narrando, con tal de reflexionar durante cincuenta páginas sobre el extraño hecho de que ya nada es lo que era y sin embargo lo sigue siendo. De alguna forma, mientras leía a Proust, seguía navegando por el Amazonas.

ESTA LECTURA CAÓTICA e incómoda, muy lejos de ser ideal, tuvo su correlato, o su venganza, en el viaje por el río, también incompleto y casi inexistente. Si con la grandiosidad de su paisaje y con la exigencia de su clima el Amazonas atentó contra la lectura de Proust, lo mismo hizo este último con la contemplación que supongo exigía el río. Confieso que en más de una ocasión, en medio de un pasaje célebre de la novela, preferí despacharlo de prisa para no perderme el atardecer en cubierta, y me perdí más de un atardecer en cubierta por terminar con una escena del libro que se prolongó más de lo razonable.

Así me fui convirtiendo en el peor viajero y en el peor lector, conforme constataba que, lejos de ganarlos, página a página y kilómetro a kilómetro algo perdía del río y del libro, pues al conocerlos ya no los podía imaginar, que es donde más se goza de las cosas, aunque me quedaba el consuelo de que “los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido”. Pero, a la vez, la imposibilidad de navegar el Amazonas y de leer a Proust los salvaban, y me permitían seguir deseándolos, pues “sólo amamos aquello en que buscamos algo inasequible, sólo amamos lo que no poseemos”.

Recuerdo que, en cubierta, pensé que no sería fácil volver a experimentar la sensación de ver puro río a ambos costados, sin rastro de ninguna orilla. Para ser sincero, el Amazonas no me evocó nada más que a sí mismo, por lo que concluí que tampoco nada lo evocaría, pues no hay paisaje ni experiencia equiparables. No contaba con que, hace no tantos días, al terminar el último tomo de *En busca del tiempo perdido*, de forma predecible y de todas formas sorpresiva, sentí exactamente lo mismo que estando en el barco, cuando, tras una travesía en que ya había dejado de contar los días y las noches, entramos en la desembocadura del río Amazonas, en la inverosímil ciudad de Belén.

Todo adquirió sentido entonces, como si se tratara de una iluminación que siempre había estado allí y a la cual simplemente había que prestarle un poco de atención. Conforme leía las últimas páginas de la novela sentí el sopor del trópico mientras la brisa del movimiento me refrescaba la cara; entendí que llegaba a un final ilusorio, pues de alguna forma todo sigue existiendo y el libro, en descarada correspondencia con el río, explicó parte del misterio de la vida al tiempo que lo alimentaba. La realidad de la lectura revivía la fantasía del viaje: “La verdadera vida, la vida al fin descubierta y dilucidada, la única vida, por lo tanto, realmente vivida es la literatura”, se dice en *El tiempo recobrado*, como cualquiera lo puede comprobar, refiriéndose al sueño que ya es mi viaje por el Amazonas, como sólo yo lo sé. ■



Marcel Proust (1871-1922).

En la cancha del libro De futbol somos juegan autores que desde México han ocupado su pluma en el deporte más popular del mundo. Mencionar a uno implica dejar fuera a otros, pero el lector puede confiar en que esta selección forma un equipo excepcional. Pronto comienza a circular bajo el sello de Cal y arena, ante la inminente Copa Mundial de Qatar 2022. Incluye la crónica que adelantamos, sobre una fecha en que buena parte de la afición mexicana conoció el triunfo y la gloria, hace tan sólo cuatro años.

LA VIDA ES UN BAILE Y TE PUEDEN BAILAR

CARLOS VELÁZQUEZ
@Charfornication

Ponemos el carbón a las siete. A las nueve echamos la carne. Y para cuando empieza el partido ya estaremos bien instalados en ese chulo pueblo mágico llamado mal del puerco, dijo *El Cholo*.

Estaba todo bien planchado. Nada podía salir mal. Así como existe gente que se para en la madrugada a correr, los norteros somos capaces de prender el carbón en las situaciones más inverosímiles. En un diluvio, por ejemplo, con las patas del asador hundidas medio metro en el agua, mientras un pelao le echa aire con un cartón y otro sostiene un paraguas para que no lo salpique la llovizna.

Cualquier pretexto sirve para prender el carbón. La hora nada importa. Abunda raza que por puro gusto empieza a asar cortes a las tres de la madrugada. No voy a mentir, en el norte no se acostumbra desayunar un ribai de dos pulgadas todos los días. Lo que se antoja apenas despertar es una machaca con tortillas de harina. Pero se trataba de una ocasión especial. Tan chipocluda que no se podía apaciguar con un brunch de ostiones y mimosas. Ni tampoco con un chicken & waffles. No, lo que se ameritaba para la ocasión era una carnita asada.

México enfrentaba a Alemania en su partido debut en el Mundial 2018. Fue una bendición para muchos que fuera a las diez de la mañana. Si hubiera sido después de las cuatro de la tarde me habría puesto tal peda que acabaría blacauteando y me lo habría perdido. Compramos una maleta de cinco kilos de carnuca. Puro ribai, niu york y cabrería, *ingue* su. Y se chingó. Nada de verduras asadas. De hecho, nos hacíamos llamar los enemigos de lo verde. Tampoco tortillas. Ni quesadillas. Ni salchichas. Nada que ocupara espacio en el estómago. Entre más carne mejor. Éramos cuatro y nos tocaría de a kilo y cuarto por cabeza. Para deglutirse de una sola sentada o en varias emisiones, según la capacidad de cada individuo.

Carne, carbón, sal gorda y pimienta. Era todo lo que se ocupaba. Ah, y un regimiento de chelas. Acordamos que la sede sería en el patio del Sebas. La noche previa al juego nos reunimos en su casa para el acopio de los víveres. Entre cerveza y cerveza desmenuzamos a fondo la situación de nuestro querido Tri. Según Salím nos chingaríamos a los alemanes. Estaba plenamente convencido. *El Cholo* no podía ocultar su pesimismo. Estaba seguro de que nos pasarían por encima como siempre. Mucha afición compartía la misma creencia. Tomaba el partido como una excusa para la convivencia con los cuates. Nos mamamos como cartón y medio de coronas. Yo fui el último en largarme. Eran las cuatro de la mañana. Dejé al Sebas roncando en su sala. No sin antes asegurarme de poner la carne a descongelar.

CASI NI DORMÍ. En parte por el miedo a que nos masacraran los alemanes. No podía dejar de visualizar en mi cabeza

un marcador de ocho a cero. Obvio, a favor de ellos. Pero también porque estaba emocionado por el arranque del Mundial, y porque me juntaría con la raza a realizar tres de mis actividades favoritas ever: tragar carne, beber cerveza y ver futbol.

Para mí el Mundial es más que un torneo. Es una especie de criogenización. Durante su duración no hago nada. No trabajo. No atiendo a mi hija. No voy a nadar. Me dedico a ver la mayor cantidad de partidos posibles y a ver todos los programas de análisis. Así que la cama me escupió a las seis de la mañana.

Me pegué un baño y me tomé un chocomilk con leche vegetal. Putos cuarenta me han hecho intolerante a la lactosa, pero no me han quitado la costumbre de rendirle honores a Pancho Pantera. Estarán de acuerdo en que no importa qué tanto animal crudo vayas a deglutir, no puedes empezar el día con la panza vacía.

Cuando llegué a casa del Sebas encontré la puerta abierta. La maleta de carne había desaparecido. También las cuatro charolas de modelo que habíamos puesto a enfriar en tinas. Sebas tampoco estaba. Ni su carro. A los cinco minutos llegó Salím. Se venía chingando unos chicharrones con salsa y una coca. La inyección de ácido úrico mañanera. El café es para los débiles. Les digo, pararse temprano da un chingo de hambre. Traía, cómo no, su yersi de la Selección con el número 9. Puro Borgetti rifa.

Dónde está este verga, preguntó después de buscar al Sebas por todos los cuartos.

Sepa la madre, le respondí.

Pero si lo dejamos aquí anoche, fue el primero en rendir.

No. Y espérate, le dije. Asómate al patio.

Achingá, rugió. ¿La carne? Pero si ayer la puse a descongelar en el lavadero. Ah, cabrón, gritó doblemente espantado. No está la cheve.

En ese momento entró *El Cholo*.

“ENTRE CERVEZA Y CERVEZA DESMENUZAMOS A FONDO LA SITUACIÓN DE NUESTRO QUERIDO TRI. SEGÚN SALÍM NOS CHINGARÍAMOS A LOS ALEMANES. ESTABA PLENAMENTE CONVENCIDO”.



Fuente > facebook.com

Qué, ¿listos para la congestión?, preguntó todo contentillo.

¿Le dices tú o le digo yo?, solté.

El puto éste se fugó con la carne y la cheve. A ver deja checo, dijo, y fue a revisar la cochera. Y sí, también con el carbón.

Y ora qué hacemos, interpeló *El Cholo*.

Pus buscarlo y darle unos tablazos por pasado de lanza, repuso Salím.

No, pérate, atajó *El Cholo*. ¿Y si le pasó algo?

Mames, gruñó Salím. Qué le pudo pasar.

¿Y si lo asaltaron?, dijo *El Cholo* escamado.

Se pasó de lanza. Eso fue lo que pasó. Vamos a cazarlo para ponerle unas machichas por abusón. Seguro está en la casa de su jefa, incitó Salím.

En qué coche nos vamos, quiso saber *El Cholo*.

En el mío, se apresuró Salím a contestar.

A ver, calmados, culeros, intervine. Se les olvida lo más importante: el partido. No quiero andar en la calle dando vueltas como pendejo en un carro mientras esté el juego. Vamos a ver seguir con el plan. Ya después ajustaremos cuentas con el pinche transa del Sebas.

PERO CÓMO VAMOS a seguir el plan original, chilló Salím. ¿No ves que nos dieron vajilla con todo?

A ver, el partido empieza a las diez. A esa hora empiezan a vender cheve. Nos aventamos un chinchampú, a ver quién se lanza por las chelas, y ni pedo, el que pierda se va a perder los primeros minutos.

Y qué vamos a tragar. No pretendrás que vea el juego con el estómago vacío, protestó Salím.

La carne asada ya valió madre, aclaré. Podemos comprar carbón culero de ese del Oxxo y carne de la Soriana, pero yo no voy a asar ni madre. Ya estoy hasta la chingada de ser siempre el güey que asa la carne.

Ah, pos yo tampoco, dijo Salím. No voy a estar ahí cuidando que no se seque mientras ustedes ven el partido a toda madre.

Yo menos, terció *El Cholo*. Yo sólo vine porque el Sebas se iba a rifar de asador.

Bueno, y entonces qué hacemos, preguntó Salím. ¿Nos vamos al Denny's a verlo y nos pedimos unos de esos brontodesayunos que llevan un chingo de hot cakes?

Yo paso, dije.

A mí se me ocurre algo, dijo *El Cholo*. ¿Les gustan las carnitas?

Agüebo, respondí.

No mames, ¿a quién no le gustan? Sólo a los pinches veganos. Pero a esos no les gusta nada. Ni pedir prestado.

Es que anoche mi tío me dijo que a las seis mataría un marrano. Y pos orita ya no deben tardar en salir las carnitas.

Cholito, le dijo Salím dándole un beso en la frente, eres mi puto héroe, como dice Enrique Iglesias.

Bueno, un problema resuelto, dije. Pero con qué nos vamos a bajar las pinches carnitas.

Mi tío siempre tiene cheve de reserva, dijo *El Cholo*. Le puedo pedir



Fuente > youtube.com

prestado un doce. Y cuando abran el expendio y vayamos a comprar pos se las reponemos.

No se diga más, dije. Tiéndete como cobertor San Marcos.

Eh, pero me tienen que recompensar, lloriqueó *El Cholo*. La próxima vez que vayamos a la cantina me tienen que pichar.

Te paramos todo lo que quieras, dijo Salím. Incluido un gramo. Y si me agarras de buenas hasta una pirujita del Ferran te invito.

Esto último hizo que *El Cholo* saliera disparado. Esculcamos la alacena del Sebas con la esperanza de encontrar algo para entretener la sed. Tá bien que era un divorciado que vivía solo pero se pasaba de puñe. Toda su despensa se reducía a un frasco de cátsup caduco, varios sobres de avena instantánea y una cajita de bicarbonato de sodio para engañar los olores de su vacío refrigerador. En el horno de la estufa, que nunca había sido usado, todavía conservaba el empaque, hallamos clavada media botella de yoni rojo. Nos armamos un trago con hielo y agua de la llave. El primer facho me supo a gloria. No tanto como para bajarme el encabronamiento por la puñalada que nos propinó el Sebas. Ojalá le hicieran daño nuestros cortes angus, al ojete.

SALÍM DEBÍA DE ESTAR pensando lo mismo porque se bajó su vaso de un solo trago. Rato después comenzó la transmisión. Me dolieron los ojos de ver tanto traje típico. Y justo cuando iba a cambiar el canal, Salím amacizó el control. Pinche vaquetón, de dónde le salía ahora el amor por el folclor mundial. Me salí al patio, tras la pista de qué podría haber ocurrido con el puto del Sebas. No había indicios de nada, sin embargo, todo estaba claro. Ahora entendía por qué había sido el primero en caer. No estaba pedo. Se hizo el dormido para birlarnos todo. Con la borrachera que fingió tener no hubiera podido levantarse en cuanto

nos fuimos. Mientras pateaba el pasto reseco del coraje, caí en cuenta de que no le habíamos llamado a su celular. Entré a la sala y se lo dije a Salím.

Seguro lo trae apagado, me contestó de lo más ecuánime. Pero si quieres márcale.

Le marqué y me mandó a buzón.

Ves, se burló Salí, te lo dije.

Y cómo sabías que lo traía apagado, lo interrogué.

Pus porque se nos fue al baño, puñe, contestó socarrón. ¿A poco crees que iba a estar whatsappeando?

Hijo de la burger, dije.

Nos armamos otros dos whiskitos.

Qué, pon musiquita, ¿no?, solicitó Salím y le puso *mute* a la tele.

Pensé que nunca me lo pedirías, le respondí. Ya estoy hasta la madre de los pinches comentaristas de la previa. Con esto te digo todo: prefiero escuchar al *Perro* Bermúdez.

Qué te pasa, pendejo, rezongó, *El Perro* es un máster...

Y para que dejara de ladrar puse "Toco y me voy" de la Bersuit y le trepé al volumen para que se tragara su propia espuma. Y en esas estaba yo, bailando la partecita del coro que dice: "toco y me voy / la camiseta es como un Dios / toco y me voy / no importa cuál sea el color", cuando me llegó un olor a gloria. Eran las carnitas bien calientitas. *El Cholo* había regresado con la soleta y el doce de chelas, como había prometido.

¿Han oído hablar del sexo por revancha? Pues ese diecisiete de julio yo tragué por puritito coraje. Quería desquitarme con el abusón del Sebas, pero invertí mi energía en orquear como los grandes. Le entré a todo lo que llevó *El Cholo*. Al chicharrón, al cuerito, a las costillas, al buche, a las carnitas y a la achicalada. Me hice tacos de doble y triple tortilla. Con chingos de pico de gallo. Con cucharotas de salsa verde. A lo único que no le puse fue al aguacate. De hecho, cuando vi que había los quise esconder, pero Salím me los arrebató.

“TÁ BIEN QUE ERA UN DIVORCIADO QUE VIVÍA SOLO PERO SE PASABA DE PUÑE. SU DESPENSA SE REDUCÍA A UN FRASCO DE CÁTSUP CADUCO, VARIOS SOBRES DE AVENA INSTANTÁNEA Y UNA CAJITA DE BICARBONATO DE SODIO PARA ENGAÑAR LOS OLORES”.



“QUEDAMOS COMO QUERÍAMOS, JIBADOS, SACIADOS, LLENÍSIMOS, A PUNTO DE REVENTAR PARA EL COMIENZO DEL PARTIDO. CUANDO VI A NEUER CAMINAR HACIA LA PORTERÍA SUPE QUE NO HABRÍA QUINTO PARTIDO. ESTÁBAMOS ANTE EL CAMPEÓN”.

No te vayas a quitar la playera, me advirtió *El Cholo* al verme tragar de esa forma.

Quedamos como queríamos, jibados, saciados, llenísimos, a punto de reventar para el comienzo del partido. Cuando vi a Neuer caminar hacia la portería supe que no habría quinto partido. Ni cuarto. Ni tercero. Ni segundo. Estábamos ante el campeón. Y después de la goliza que nos meterían, no tendríamos cara para volver a pararnos en la cancha. Como tampoco la tendría el Sebas para parársenos enfrente después de aquello. Ni Joseph Blatter tenía el corazón tan frío para hacerle algo así a sus compas.

EN LOS PRIMEROS MINUTOS del partido notamos que ocurría algo extraño. Alemania no era Alemania. Es decir: no era la avasalladora del Mundial pasado. Nuestros muchachos se le estaban poniendo al tú por tú a Hummels, Boateng, Khedira, Kross, Özil, Müller y compañía. La pesadilla temida por todos se estaba convirtiendo en un sueño húmedo. Pensábamos bailar con la más fea y resulta que eran los alemanes los que estaban haciendo el papelón. Observábamos el partido con una incredulidad semejante a la que experimenta uno cuando ve sus resultados de laboratorio y descubre que no trae el colesterol alto a pesar de los tres platos de menudo que se despachó la noche anterior a la toma de la muestra.

Estaba bien clavado en los tres pulmones de Héctor Herrera cuando sentí un objeto ajeno en mi boca. Lo primero que pensé es que se trataba de un pedazo de hueso de una costilla. Pero era demasiado blando. Tardé en darme cuenta de que era un dedo. Era un dedo de Salím embarrado de aguacate. Aunque hace años que no lo pruebo, reconocí de inmediato el sabor. Soy alérgico. Y la cantidad más pequeña que ingiera puede desatar un verdadero desmadre en mi organismo. Se me puede cerrar la garganta y obstruir mi tráquea. Esto me impedirá respirar.

Lo que me llevará al desmayo. Y la única forma de revertir esto es con una inyección. Para lo cual me tienen que llevar al hospital en calidad de bulto.

Me levanté y empujé al manchado de Salím. Luego me le fui encima. El güey no paraba de reírse. Sabía a la perfección que me podía cargar la chingada. Y eso lo divertía más que los malos chistes del payaso Brincos Dieras. Le tiré el uno dos, pero no le atiné ningún golpe. Aparte de que andaba medio pedo, me sentía muy pesado por todo lo que había tragado. Recordé cómo casi me ahogaba la última vez que había probado el aguacate de manera accidental en una taquería. Para entonces la mamada que nos había hecho el Sebas me parecía poca cosa.

No te vayas a quitar la playera, me repitió *El Cholo*.

Perseguí a Salím alrededor del sillón hasta que lo alcancé. Forcejeamos de manera tan torpe que parecíamos dos peces fuera del agua brincoteando uno al lado del otro. Junto a esto un tiro entre inválidos era la pelea del siglo.

No te vayas a quitar la playera, insistió *El Cholo*.

Agarré a Salím del pescuezo y comencé a ahorcarlo. Y apenas le iba a morder una oreja cuando ocurrió lo improbable, lo impensable: *Chucky* Lozano le hizo un amague a Özil, disparó al poste izquierdo y metió gol. Solté a Salím y los tres comenzamos a gritar de felicidad. De la más pura e insoslayable felicidad. De una felicidad que no se vende en frasquitos. Por supuesto que me quitó la playera y coreé el olé olé olé. Quién lo diría, ¿eh? La raza de bronce sin pulir castigando a los inventores de la aspirina.

PASADA LA EUFORIA nos sentamos y nos frotamos las manos en un gesto que significaba reconcentración. De aquí pal real. Si Corea del Norte se chingó a Italia en el '66 todo era posible. Pero la alegría no se debía sólo a ir arriba en el marcador. Era también porque los alemanes no daban una. Parecían

más confundidos que mi abuela la mañana después de haberse tomado dos sinogan de dos miligramos. Y no tenían ni cómo recomponer. Los cambios hicieron menos efecto que las tachas de cincuenta varos que venden en el baño del antro Américas de Guadalajara.

Me sentía a toda madre. Ni raro. Ni mal. Nada. Pero cuando me quise levantar para ir a miar no pude. Entonces me percaté de que tenía el cuello torcido. Más que torcido. Lo tenía pegado al hombro derecho. No podía maniobrar. Me dolía. Estiré la mano y toqué al *Cholo* en el brazo. No me peló. Seguía metidísimo en el partido. Volví a hacerlo, pero estaba tan absorto que no sintió nada. Lo tuve que pellizcar para que volteara. Apenas me vio soltó una carcajada.

Te dije que no te quitaras la playera, me regañó.

Yo no sabía qué ocurría. Salím volteó y también comenzó a cagarse de risa.

No te burles, culero, le espeté. ¿Ves lo que me pasa por darme aguacate?

No fue el aguacate, corrigió *El Cholo*. Te dio el aire.

Achingá, refuté. Yo pensaba que te diera el aire significaba ponerte pedísimo en el acto.

Sí, también. Pero ahora te dio el aire por la carne de puerco. Te torciste pues.

Estas cosas nomás le pasan a los morrillos, dijo Salím burlesco.

Me duele un chingo, dije. Lléveme a la Cruz Roja.

Tás jodido, dijo Salím. Yo de aquí no me muevo hasta que no se acabe el partido.

No sean culeros, les rogué. Me siento más duro que si me hubiera metido coca de San Joaquín.

Y si se queda así pa siempre este güey, le preguntó Salím al *Cholo*.

No lo asustes, dijo *El Cholo*. Orita que se acabe el juego lo llevamos a urgencias.

Ah, no. Qué urgencias ni qué la chingada, dijo Salím. Esto tiene arreglo fácil. Es el remedio infalible pa cuando esto pasa. A los ocho años fui a carnitas Coahuila con mi abuelito y me pasó lo mismo. Me enderezó en caliente.

SALÍM SE DESABROCHÓ el cinto y luego se quitó el pantalón y los calzones.

Qué verga vas a hacer, le pregunté.

Te voy a enderezar.

¿Y para eso te tienes que encucrar?

No, pero necesito los calzones.

Achingá, pa qué.

Para girarte la cabeza.

No mames.

¿Quieres que te enderece o no?

Sí quiero, pero no con eso.

Es que este jale sólo se puede hacer con esto.

¿Con unos calzones? No mames.

Sí. Es lo único que funciona.

¿Y tiene que ser con los tuyos? Hasta acá huele que no te los has cambiado en tres días. ¿No puede ser con unos limpios?

No. Tiene que ser a güebo con unos flameados.

Estaba tan desesperado que permití que Salím me colocara sus pinches calzones todos sellados en la jeta. Los



Fuente: depor.com

agarró por los extremos y dio un tirón tan fuerte que la cabeza me rebotó en la pared pero mi cuello seguía unido al hombro. Dio un segundo tirón. Y después un tercero. Sin resultados. Asqueado y adolorido me quité los calzones con la mano izquierda.

No mames, dijo Salím mientras me observaba detalladamente. Quedaste peor, y comenzó a carcajearse el putete.

Dime, Cholito, dime la neta, le pregunté al *Cholo*. ¿Es verdad que estoy más torcido?

La mera neta sí, carnal, sin poder contener la risa.

Ya no mamen, les imploré, llévenme a la Cruz.

Aguántese, güey, dijo Salím. Y agregó: pero ai andaba el rey, haciéndose cuatro tacos en uno. Ahora chínguese.

NUNCA HE GOZADO TANTO ni sufrido tanto un partido. Ni ningún campeonato de Santos. Ni aquel juego en que le ganamos el oro a Brasil con goles del Horrible Peralta. Los minutos que le faltaban al juego fueron un doble suplicio.

El horror de que nos empataran, y el horror de sentirme tan inútil como una tortuga boca arriba. Me estaba miando. Pero ninguno de los dos culeros se apiadaba de mí y me ayudaba a levantarme. Uno como mexa siempre está esperando el golpe del destino que eche abajo nuestra felicidad. En esta ocasión no llegó. El árbitro pitó y la ratoniza le ganó al campeón un gol a cero.

Bueno, está bien, dijo Salím, después de tanto que los chingué, vamos a llevar a este puto a urgencias.

Mientras me ayudaban a ponerme de pie entró el Sebas gritando.

Goooooooooool gooooooooooool gooooooooooool, tomen eso, putos alemanes. Viva México, cabrones. Viva la Virgencita de Guadalupe. Viva *El Chucky* Lozano.



Apenas lo vimos le caímos en manada.

Toma tu gol, hijo de tu pinche madre.

¡Dónde estabas, culero!

Qué poca madre, ¿y nuestra carne? Lo arrinconamos en la cocina y le llovieron madrazos con la palma abierta en las orejas, rasguños y patadas.

Aguanten, aguanten, pido esquina, rogaba.

Pero no paramos. Ya no queríamos desahogarnos. Era la misma euforia por haber aplastado a los alemanes la que nos hacía seguir pegándole.

Aguanten, aguanten, putos, imploraba.

A ver, pausa, pausa, ordenó Salím. Vamos a ver qué tiene que decir el ojete.

Sí, pinche Sebas, dónde están las cosas, le grité a dos centímetros de la jeta.

“CUANDO ME QUISE LEVANTAR NO PUDE. ME PERCATÉ DE QUE TENÍA EL CUELLO TORCIDO. MÁS QUE TORCIDO. LO TENÍA PEGADO AL HOMBRO DERECHO. NO PODÍA MANIOBRAR”.

Se las llevó mi vieja, respondió.

Qué, preguntó *El Cholo*. Le diste nuestra carne a tu vieja.

No, pendejo, no se la di. Se la llevó. Vino en la madrugada y la sacó mientras estaba dormido.

Y por qué vergas, siguió *El Cholo*.

Pues porque no le he dado la pensión.

Y por qué no se las has dado, terció Salím. Te veo muy flaco, ¿no me digas que le andas poniendo a la piedra?

No, ya sabes que no le hago a esa madre. La neta estoy muy envenenado con el Melate. Y pues me he atrasado con la quincena de la morra. Por eso se ajuareó con la carnacua.

Y nosotros pagamos los platos rotos, ah, mira qué a toda madre, dijo Salím. Sírntanlo.

Y otra vez le recetamos al Sebas jalones de greña, escupitajos, memas y nalgadas. Hasta que nos cansamos. En eso Salím se me quedó viendo fijamente.

Güey, ¿ya notaste?, me preguntó.

No, qué, le respondí.

Ya no estás chueco, dijo.

Y en efecto ya no estaba torcido. Ni me dolía el cuello y no tenía pedos para moverme.

Compremos más cheves para el siguiente partido, quién sigue, dije bien contento. Es más, yo las picho. Pero que vaya el pendejo del Sebas. Y como se le ocurra no volver empeñamos el refri de su casa para comprar otra malleta de carne.

Le di al Sebas para una charola de botes y mientras lo veía alejarse rumbo al expendio pensé en esos versos de La Bersuit que dicen: “toda la vida es un baile y te pueden bailar”. Y pues su exesposa nos había bailado con la carne. Pero eso ya no importaba. Aquel día nosotros éramos los reyes de la pista. Aquel día nos habíamos bailado a los alemanes. ■

LA CANCIÓN #6

Por
**ROGELIO
GARZA**

@rogeliogarzap

JERRY
LEE LEWIS

EL DIABLO HA MUERTO. Se apagó a los 87 años junto a su séptima esposa, Judith Coghlan, en Mississippi. En su discurso de los Premios Polar ante el rey de Suecia, Iggy Pop —quien tiene una estupenda versión de “Wild One” en su disco *Blah-Blah-Blah*— concluyó que su música era “una cuestión de pelotas”. Bolas, la materia incandescente que disparó a Jerry Lee Lewis en forma de “Great Balls of Fire”. Su vida en tres palabras sería: por mis huevos.

Compositor, pianista y cantante de familia pobrísima, Jerry Lee fue un pionero e intérprete prodigio de boogie-woogie, country, rockabilly, blues, rhythm & blues y uno de los padres del rock and roll que Sam Phillips jaló a Sun Records. Su leyenda incendiaria cuenta que una vez le prendió fuego al piano, mucho antes de que Hendrix lo hiciera con su guitarra. Tocaba parado, golpeando las teclas con los dedos, los nudillos, los talones, los codos y al final se trepaba al piano.

Como sus compas del Million Dollar Quartet, Jerry Lee contaba con un grupo de acompañamiento excepcional. Así conoció a la hija del bajista, su prima Myra Gale Brown, con quien se casó por tercera ocasión cuando ella tenía 13 años y él, 22. Sus vidas se arruinaron y esa sombra lo persiguió siempre, sin embargo, no le impidió seguir rockeando a toda locura. Pero su talento y talla artística eran proporcionales a su carácter ojete, machín y explosivo, que combinaba armas, drogas y alcohol a toda velocidad. Una vez trató de ahorcar a un tipo en una pelea,



“UNA ERA MUSICAL SE EXTINGUE. ES UNA SUERTE QUE JERRY LEE NO HAYA SIDO BLANCO DE CANCELACIÓN”.

por eso le decían el *Killer*. Además, se le fueron varios tiros, como el que le metió a su otro bajista que no murió y sí lo demandó.

Presley era *pink*, Cash era *dark*, Richard era *glam*; todos eran unos salvajes, pero Jerry Lee era *mean*, como su *Mean Old Man*, discazo que sacó en 2010 con una pléyade de rockeros, vaqueros y blueseros. Su influencia se nota en músicos y grupos de todas las épocas que emulan su estilo de cantar y tocar el piano o que hacen *covers* de sus canciones. La lista es tan larga como su cola de cuarenta álbumes, incontables recopilaciones y sencillos en más de setenta años de sacudir el piano y las buenas conciencias.

Una era musical se extingue. Es una suerte que Jerry Lee no haya sido blanco de la *cancelación* en estos días en los que pululan los nuevos censores y los Bad Bunnys lameculos. No sólo era el primer salvaje y la última leyenda de la era dorada del rock and roll; pese a ser un cristiano ferviente en conflicto con el sexo, las drogas y el rock and roll, como dice Ministry en “Jesus Built My Hotrod”, Jerry Lee Lewis era el diablo. ■

El 4 de noviembre de 1922, el explorador inglés Howard Carter hizo un hallazgo que sacudió al mundo: encontró la tumba, intacta y suntuosa, del faraón Tutankamón. El descubrimiento no sólo fue un importante hito para la historia de la arqueología, sino que desató una oleada de fiebre egipcia a lo largo y ancho del orbe. No me refiero a una epidemia, ni tampoco a las misteriosas repercusiones que tuvo en la salud de los principales involucrados en la excavación, la llamada *maldición* que cobró sus vidas repentina y prematuramente —la cual dio pie a una de las leyendas más famosas del oficio arqueológico. No, aquí hablamos de arte, así que la *fiebre* de la que hablo fue una afición por todo lo que pareciera egipcio y tuvo fuertes repercusiones en la arquitectura, el diseño e incluso la moda. Se le llamó *egiptomanía* y en el marco del centenario de aquel descubrimiento crucial vale la pena echarle una ojeada a este fenómeno cultural que tomó por asalto al mundo occidental de los locos años veinte y que, en opinión de muchos, sigue vigente hoy.

EN REALIDAD, CUANDO CARTER y su equipo lograron su proeza, la egiptomanía llevaba ya más de un siglo ocupando las mentes más creativas de Europa. Sin embargo, era una moda pasajera que cada tanto tiempo cobraba fuerza, para después desvanecerse. Fue Napoleón Bonaparte quien la inició, aunque inadvertidamente. Todo comenzó con una campaña militar en Egipto en 1798, para la cual Francia desplegó alrededor de cuarenta mil hombres y trescientos navíos a fin de ganarle territorio a uno de los enemigos históricos de los galos: los británicos. Según los ingleses, la tierra de antiguas pirámides representaba un lugar estratégico en las rutas hacia India, uno de sus territorios coloniales más importantes.

En el ámbito bélico, la campaña egipcia fue un desastre para los franceses, pero no fue lo mismo en lo relativo al conocimiento. Napoleón instauró una Comisión de Ciencias y Artes dedicada a estudiar todo lo relacionado con esta exótica tierra, la cual llevaría a la fundación del primer centro de investigación de egiptología, el *Institute d'Égypte*, que sigue operando hasta nuestros días. De esta manera, mientras algunos estudiaban las especies endémicas, otros elaboraban mapas o analizaban las cualidades químicas de sus cuerpos de agua, entre ellos el famoso río Nilo.

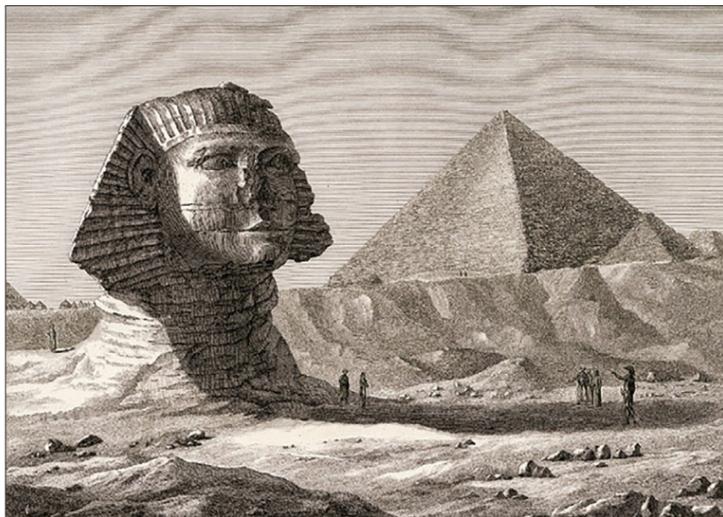
En el campo de las humanidades, las pirámides y todos los objetos que ahí se encontraban eran meticulosamente registrados en descripciones y dibujos... y saqueados para llenar los incipientes museos franceses. Entre ellos se encontraba la famosísima Piedra Rosetta, arrebatada por los británicos a sus rivales junto con un botín arqueológico más amplio, que hoy se aprecia en las salas del Museo Británico.

Eran ciento cincuenta *sabios franceses*, como se les llamaba, los encargados de estas labores y su trabajo quedó para siempre documentado en una serie de veintitrés volúmenes que se publicaron entre 1809 y 1829 bajo el título de *Description de l'Égypte*. Con grabados coloridos de los hallazgos tanto científicos como artísticos, además de escenas en las que se apreciaba la magnificencia de las pirámides, la circulación de sus páginas generó nuevos estilos arquitectónicos, mobiliario y joyería que evocaban para las élites europeas las orillas del Nilo.

Desde entonces, y en gran medida gracias al orientalismo en boga a lo largo del siglo XIX, la

fascinación por el pasado egipcio ya estaba presente de este lado del mar, pero cobraría mucha mayor relevancia al develarse los misterios de Tutankamón. Para entonces ya había llegado la era del *art déco*, movimiento arquitectónico que permeaba todo el campo del diseño e incluso de las artes plásticas. De formas depuradas y un lenguaje puramente geométrico, las antigüedades arqueológicas encontraron campo fértil en este estilo, tanto la prehistórica como la egipcia, con sus formas estilizadas.

En Estados Unidos, sobre todo, la fiebre egipcia tomó carta de naturalización. Aparecieron tiendas y restaurantes que parecían transportados de Giza a las ciudades más cosmopolitas, como Chicago, mientras los vestidos y la joyería tomaron prestados los verdes de los sagrados escarabajos y los trepidantes pigmentos de la pintura mural. En 1923, la Textile



Description de l'Égypte, Vol. v, edición Panckoucke, 1823.

Color Card Association de Estados Unidos, que reunía los colores en tendencia año con año —como ahora hace Pantone—, dedicaba su edición Primavera-Verano a la colorimetría del arte del antiguo Egipto.

LA MODA EGIPCIA detonada por los hallazgos de Carter no solamente coincidió con el nuevo gusto *art déco*, sino con un momento político muy particular. Tras la Primera Guerra Mundial y ante la riqueza acumulada gracias a los avances industriales, Estados Unidos no únicamente entraba en aquella etapa de esplendor conocida como los locos años veinte, sino que afianzaba su posición geopolítica y como potencia económica. Ante esa nueva y poderosa imagen frente a Europa y sus imperios, la búsqueda por referentes fuera del viejo continente tenía sentido como un vehículo de legitimación.

La historia siempre ha sido un excelente instrumento para construir identidades. Según los estadounidenses, recordar a las antiguas potencias que en el pasado hubo grandes civilizaciones fuera de sus dominios mandaba un poderoso mensaje sobre el lugar de Estados Unidos en la historia. Algo similar sucedió con la arqueología mexicana, cuyos descubrimientos también fueron absorbidos por las artes del otro lado de la frontera con un mismo sentido identitario.

En esta construcción de un nuevo imaginario, el cine —que en aquellos años nacía como industria— también jugó un papel fundamental. Es quizá en ese ámbito donde el descubrimiento de Tutankamón tuvo su mayor impacto. La moda por las decoraciones y los vestuarios egipcios murió casi tan rápido como los exploradores que se adentraron en la tumba del faraón, pero todavía hoy las momias y sus maldiciones perviven en nuestro imaginario, ya sea con el icónico rostro de Boris Karloff o en compañía de Brendan Fraser. ■

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**
@VekaDuncan

LA FIEBRE EGIPCIA

“LAS PIRÁMIDES
Y TODOS LOS
OBJETOS QUE AHÍ
SE ENCONTRABAN
ERAN REGISTRADOS
EN DIBUJOS...
Y SAQUEADOS
PARA LLENAR LOS
MUSEOS FRANCESES”.

ESGRIMA

Por
FRANCISCO GOÑI
@franz_goni

EDUARDO RABASA, VEINTE AÑOS DE SEXTO PISO

“ANTEPONEMOS
LA CALIDAD,
ES DECIR, NO
CONSIDERAMOS
LA PUBLICACIÓN
DE UN LIBRO
CON LAS VENTAS
COMO CRITERIO
PRIMORDIAL”.

Fundada en 2002, Sexto Piso se ha convertido en una de las editoriales referentes del medio hispanohablante, tanto en humanidades como en literatura. Son muchos los autores de primera línea que incluye su catálogo y cantidad de temas sustanciales que ha abordado en sus publicaciones. De eso hablamos brevemente con su editor, Eduardo Rabasa.

¿Cómo nació la idea de fundar la editorial?

Fue un proyecto medio inconsciente de cuatro amigos, uno de los cuales, Luis Alberto Ayala Blanco, era profesor en la UNAM de los otros tres. Surgió un poco en las clases de filosofía política y Nietzsche, donde él impartía asiduamente a Roberto Calasso, uno de los grandes editores de todos los tiempos (además de extraordinario escritor); empezamos a jugar con aquella idea de poner una editorial, donde se pudieran publicar libros que no estaban disponibles en ese entonces.

¿En qué momento decidieron ampliar la línea editorial y no sólo publicar contenidos especializados?

Tanto por nuestra formación como porque Luis Alberto también era ensayista, el catálogo se volcó hacia el ensayo, con obras capitales como las *Memorias de un enfermo de nervios*, de Daniel Paul Schreber, *El único y su propiedad*, de Max Stirner, o los *Ensayos escogidos*, de George Orwell. Al poco tiempo comenzamos a publicar narrativa: casos como *El loco impuro*, de Calasso, o *Atlas descrito por el cielo*, de Goran Petrovic. Un tanto después se fue ensanchando cada vez más el espectro, creo que ocurrió conforme nos fuimos sintiendo más cómodos para aventurarnos en títulos o géneros que quizá al principio resultaban ajenos.

¿Cómo definieron las colecciones?

Fue un proceso paulatino, orgánico, en el sentido de que se fue dando sobre la marcha, conforme el propio catálogo, la editorial y los lectores lo iban pidiendo. No fue un plan diseñado de antemano, lo cual por supuesto también implicó muchos tropiezos y dificultades, pues íbamos aprendiendo con la experiencia. Eso a la vez nos permitió tomar riesgos y decisiones que quizá desde una visión más experimentada o calculada no hubieran sucedido, por absurdos, pero terminaron formando parte esencial de nuestra identidad editorial.

¿Cómo encuentran a los autores contemporáneos que publican?

Mediante agencias literarias, incluso en el caso de autoras o autores sumamente jóvenes. También siguen jugando una parte importante consejos y recomendaciones, a menudo en ferias del libro nacionales e internacionales. Otras veces seguimos la pista en redes sociales a voces que llaman la atención por algún rasgo interesante.

Percibo una propuesta importante para ofrecer experiencias a sus lectores con autores. ¿Cómo definen estos encuentros?

Creo que en general las ferias del libro y los festivales, que siempre han sido muy importantes, lo son ahora más, en parte porque las y los lectores, quizá por la inmediatez que dan las redes sociales, buscan cada vez más un contacto directo con los escritores, cuando tradicionalmente la experiencia de la lectura se confinaba a leer como tal. Me parece genial que así sea, ferias y festivales son una celebración comunitaria de la lectura y en especial en estos años de pandemia quedó especialmente clara su trascendencia, así que desde Sexto Piso hacemos todo lo posible, en colaboración con festivales como el Hay, que es un aliado muy importante, la FIL Guadalajara, y otras muchas ferias y festivales, por potenciar ese contacto directo entre autores y lectores.

¿Cómo encontraron el equilibrio entre publicar libros de calidad y sobrevivir generando ventas?



Fuente > thewilddetectives.com

Si lo supiéramos quizá seríamos ya un grupo editorial y no una editorial independiente de tamaño mediano con finanzas muy ajustadas (es broma). La verdad es que no sé, y menos podría formularlo de esa manera. Creo que una clave, siempre refiriéndome sólo a nuestro caso y nuestra experiencia, es anteponer primero la calidad, es decir, no consideramos la publicación de algún libro con la idea de las ventas como criterio primordial. Esto no significa que la calidad esté peleada con el éxito comercial, ni mucho menos; hacemos todos los esfuerzos por acercar cada volumen al mayor número posible de lectores.

La respuesta tiene que ver con procurar hacer caso a cierta intuición o, como ha escrito Calasso, a un “sonido justo” de ciertos libros, con el deseo de que eso que puede parecer un poco místico tenga el desenlace feliz: ser disfrutado por miles de lectores de procedencias y gustos muy distintos.

¿Cómo es su relación con librerías independientes y con cadenas?

Creo que en ambos casos es muy buena. En la medida en que ambas son piezas fundamentales del ecosistema del libro, procuramos colaborar según las lógicas, dinámicas y alcances de cada una. Tratamos de entender de la mejor manera cómo se inserta nuestro catálogo dentro de las prácticas y los públicos lectores de unas y otras.

En general somos contrarios tanto a la queja como a la satanización, ya sea de cadenas de librerías, de plataformas de venta en línea o de los grandes grupos editoriales, sin que vaya acompañada de estrategias o acciones específicas. En primer lugar, porque no vemos que dicha queja o satanización aporte nada. Y en segundo, porque así como el mundo es el que es, el ecosistema del libro es el que es. Aunque obviamente existen prácticas que nos son ajenas o que nos encantaría que fueran distintas, y en la medida de lo posible procuramos modificar cuando se puede con el ejemplo, preferimos dedicar nuestra energía a realizar los mejores libros y acercarlos al mayor número de lectores que podamos. Por supuesto que la enorme concentración en un puñado de corporativos presenta dificultades enormes, pero es la labor de editoriales y otros espacios que se consideren independientes encontrar las formas de lidiar con ello y sobrevivir dentro de ese panorama complicado.

¿Cómo afrontan el tsunami digital que vivimos: es una amenaza o lo capitalizan?

Poco a poco nos hemos puesto al día con el tema de los libros electrónicos. Aunque todavía nos falta un buen trecho para tener en dicho formato todo el catálogo, ahí vamos; cada vez está disponible mayor parte. Creo que a estas alturas podemos decir que el pánico que en su momento ocasionara el libro digital fue infundado y que se ha asentado en una sana convivencia con el de papel.

¿De qué forma les ha afectado la crisis de papel?

Principalmente en cuanto al incremento de costos y tiempos de impresión. Es más caro y más tardado hacer libros, como treinta o cuarenta por ciento más y, claro, eso no es trasladable al precio final. Nos ha obligado a apretar todo un poco más, a ser mucho más cuidadosos y conscientes a la hora de seleccionar y publicar títulos. ☑